

res de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo crédito, segun te he demostrado, que derramaron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en todo el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á presencia de multitud innumerable de enemigos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos enemigos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisados á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

CONVERSACION CUARTA.

Fel. ¿Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

Vic. Sí las tengo. El establecimiento y propagacion de ella es uno de los funda-

mentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las Actas, y las epístolas del nuevo Testamento, y verémos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, cuando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalén. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judéa y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Gresia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Efeso, Antioquía, Isla de Creta, Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. Á mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Ireneo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Iberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á

principios del siglo tercero, prueba contra los judíos, que el reino espiritual de Jesucristo era de mas estension que el de Nabucodonosor, de Alejandro, y de los romanos. S. Atanacio, en el siglo cuarto, en una epístola sinodal hace mencion de las iglesias de la Inglaterra, de Dalmacia, de Mysia, de Macedonia, de Cerdeña, de la África, y de otras muchas: y en fin, los treinta concilios que en los tres primeros siglos de la iglesia se formaron en provincias muy distantes unas de otras, y se compusieron de multitud de obispos, y el de Nicea en el siglo cuarto de 318, dan una idea bien clara de los rápidos progresos y estension del cristianismo.

Fel. Estas noticias para mí son sospechosas, porque son comunicadas por autores cristianos, que al fin son apasionados.

Vic. Parte de estas noticias consta por las epístolas que los apóstoles escribian á las iglesias establecidas; y es claro que no habian de dirigir cartas á iglesias que no existian: y parte consta por las apologías que los doctores cristianos hacian de su religion contra los enemigos de ella, para quienes los hechos eran tan notorios que

no se atrevieron á negarlos; pero no quiero acumular razones, pues solo me basta manifestar que es una verdad esta tan cierta, que en ella convienen los autores gentiles con los cristianos.

Tácito, á los treinta años de la muerte de Jesucristo, dice: que habia en Roma una gran multitud de cristianos. En el mismo tiempo Séneca se irritaba de los progresos que hacian en el mundo las costumbres de los cristianos. "Los vencidos, dice, han dado la ley á los vencedores." Plinio el menor, pro-cónsul de Bitinia, escribiendo al emperador Trajano á fines del siglo primero, dice: "que las ciudades y los campos de aquella provincia estaban llenos de cristianos de todos rangos y edades, y de ambos sexos." Luciano, en el siglo segundo asegura: que en el Ponto su patria, era muy grande el número de los cristianos. Dion Casio, al principio del siglo tercero, confiesa: que el cristianismo era mas fuerte que las leyes que lo prohibian, y que cada dia hacia nuevos progresos. Plutarco, Estrabón, Lucano y Juvenal, se lamentan del silencio de los oráculos cuando el cristianismo se iba estendiendo. Porfirio

se queja de la falta de proteccion de sus dioses, desde que se empezó á adorar á Jesucristo. Y, en fin, los mismos incrédulos se ven obligados á confesar que antes de la conversion del emperador Constantino, el evangelio estaba propagado mucho mas allá de los límites del imperio romano, hasta las demas regiones del mundo conocido. Finalmente, la idolatría que era la religion dominante en todo el universo, fué decayendo velozmente, á proporcion que se extendía el cristianismo.

Fel. La religion cristiana en su principio halló acogida tan solo entre la gente de la ínfima plebe, que por lo comun es ignorante y muy crédula, y así no prueba la verdad del cristianismo su propagacion.

Vic. Esta objecion, que es una de las principales de los incrédulos, prueba bastantemente su ignorancia en los hechos históricos. Entre los discípulos de Jesucristo nombra el evangelio á Nicodemus, príncipe de los judios: á José de Arimatea, noble decurion; y como dice el testo griego, noble senador: á Jairo, príncipe de la Sinagoga: á Zaqueo, hombre rico, y gefe de

los publicanos ó exactores de tributos: y á otros muchos de un rango distinguido. El libro de los hechos apostólicos dice: que abrazaron la ley de Jesucristo un gran número de sacerdotes de los judios, y aun muchos fariseos. Lo mismo hicieron muchos personajes respetables, como Cornelio el Centurion, el eunuco de la reina de Candaces, el pro-cónsul Paulo, y Dionisio, que era de los principales del Areópago de Atenas.

El cónsul Fabio Clemente, y Domitila su esposa, que murieron mártires por Cristo, eran parientes del emperador Domiciano. Plinio gentil, dice: que en Bitinia habia cristianos de todas clases y condiciones; y el emperador Valeriano en uno de sus rescriptos espresa: que habian abrazado el cristianismo senadores y mugeres de la primera nobleza. Finalmente, son una prueba evidentísima de que la iglesia en sus principios no estaba compuesta de solos hombres plebeyos é ignorantes, los monumentos de sabiduría que nos han quedado de los dos primeros siglos; tales son las cartas de S. Clemente romano, de S. Ignacio, y de S. Policarpo: los escritos de Her-

mas, de S. Justino, de S. Ireneo, de Atenágoras, y aun pueden contarse los del sapientísimo Tertuliano, que floreció al fin del siglo segundo y principios del tercero sin hablar de Cuadrato, de Arístides, de Meliton, y de otros muchísimos cuyas obras se han perdido.

Fel. La religion de Mahoma se propagó en poco tiempo en casi toda el Asia, en la mayor parte de la África, y en mucha parte de la Europa; y con todo esta religion es falsa: luego la propagacion y rápidos progresos del cristianismo, no prueban su verdad.

Vic. Los que forman este argumento, ó carecen de las noticias de la historia, ó de los principios de discurrir, ó se resuelven á cometer una enorme injusticia. Ninguna comparacion puede haber entre la propagacion del mahometismo, y la de la religion cristiana. Mahoma era un impostor que no autorizó su doctrina ni con milagros, ni con señal alguna con que manifestase que venia de parte de Dios. Él era astuto, valiente y atrevido: condujo por todas partes un ejército victorioso: su secta es un conjunto de fábulas ridículas, de ab-

surdos y de contradiciones, que abre la puerta á la ambicion y á los deleites mas groseros, con la poligamia, y con su paraíso fabuloso y carnal. Él mismo dijo en su libro monstruoso llamado Alcoran: "yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Sus mismos partidarios se ven obligados á confesar sus violencias, sus estragos, sus injusticias, y la libertad escandalosa que concedia á sus primeros discípulos para todos los vicios y desórdenes. Avicena y Averroes, los dos mas doctos de la morisma, aseguraron francamente en sus libros, que Mahoma habia enseñado la bienaventuranza de los cuerpos, no la de las almas: que habia amado la de los brutos, y que su ley no era para hombres, sino para puercos. Diré en compendio: Mahoma introdujo y propagó su religion con la punta de la espada, y con la licencia para los placeres carnales.

Voy á hablarte ahora de los medios con que se introdujo y se estendió el cristianismo, para que veas la infinita diferencia que hay entre su propagacion y la del mahometismo, y para que palpando tú con

evidencia la imposibilidad de lograr una empresa tan alta con medios tan improporcionados, te convenzas de que en el establecimiento y propagacion de la religion cristiana, intervino la operacion de un mano omnipotente.

Comencémos por los predicadores de esta religion. Estos son doce pescadores del lago de Tiberiada, que no habian frecuentado las aulas de la sabiduría, ni estudiado alguna ciencia. Eran hombres plebeyos, pobres, desarmados, sin proteccion ni favor de los sábios, de los ricos, ni de los potentados del mundo. El único que le servía de apoyo era su maestro; pero este acababa de terminar su vida en un suplicio. ¿Juzgarias que estos sujetos fueran idóneos para un proyecto de alguna consideracion? Pues ellos concluyeron felizmente la empresa mas asombrosa que han visto y verán jamás los mortales. Tal fué desarraigar y extinguir supersticiones ciegas, arruinar templos, altares é ídolos de que estaba llena toda la tierra: esterminar la idolatría, que estaba dominante por la série de muchos siglos: arreglar costumbres muy corrompidas: y mudar entera-

mente el semblante del universo; substituyendo al imperio de la carne y de las pasiones, una monarquía del todo espiritual, y desconocida hasta aquella época.

Pero ¿podrá atribuirse el establecimiento del cristianismo á la buena disposicion de los pueblos á quienes se le anunciaba? De ninguna manera. Los judios jamás estuvieron mas adheridos á la ley de Moyses, que en el tiempo de la predicacion de los apóstoles; segun consta por el nuevo Testamento y la historia de Josefo de Jerusalén. Es tambien muy cierto, que los judios miraban el culto cristiano como incompatible con el de Moyses, tanto, que este fué el pretesto de que se valieron para perseguir y crucificar á Jesus. Á los apóstoles tampoco se les culpaba de otro delito que de querer abolir la antigua religion.

Respecto de los gentiles tampoco halló el cristianismo buena disposicion. Esta era una religion que habia nacido en un pais despreciado por las naciones ilustradas: proscripta en el mismo lugar de su origen: difamada por el suplicio de su fundador: austera en sus preceptos: é incomprendible en sus dogmas: predicada por hom-

bres al parecer despreciables y que ofrecia á sus sectarios por objeto de su adoracion y modelo de su conducta, á un Dios que habia espirado en un patíbulo cubierto de oprobio y de ignominia.

Con estas calidades ¿encontraría disposicion favorable entre los judios sus enemigos acérrimos? ¿Entre los griegos tan orgullosos y envanecidos con su filosofia; ó entre los romanos, que creian deber á sus dioses la posesion del imperio del universo?

Fel. En el tiempo que comenzó á predicarse la religion cristiana, ya estaba descreditada la idolatría, tanto, que los filósofos, los oradores y los poetas se burlaban de ella públicamente; y así no es extraño que los espíritus débiles, que no pueden vivir sin alguna religion, abrazasen el cristianismo.

Vic. La idolatría en aquel tiempo era la religion del imperio romano. Las fiestas, los pontífices, y las ceremonias del culto, eran parte del gobierno público. Estaban en todo su vigor las leyes que bajo las penas mas severas prohibian la introduccion de nuevos cultos; y la prueba decisiva es, que los emperadores espedian edic-

tos contra los cristianos, mandándolos perseguir y esterminar con los tormentos mas crueles é inauditos; y las autoridades públicas se empeñaban furiosamente en el cumplimiento de estos mandatos. La gente popular, que era imponderablemente mas numerosa, no estaba desengañada de la falsedad de la idolatría, y antes bien estaba tenazmente adherida á ella; y si algunos sábios se habian convencido de esta falsedad, otros muchísimos estaban imbuidos en las supersticiones del gentilismo, de que se declararon defensores, y enemigos capitales del evangelio, como Celso, Porfirio, Jámblico, Lebanio y el emperador Juliano.

Pero en el caso de que los gentiles hubieran abandonado la idolatría, por propio convencimiento de su falsedad, se habrian precipitado en el ateismo, negando la existencia de la divinidad. Y si por debilidad de espíritu hubieran querido vivir en alguna religion, se habrian fraguado otra que lisongeara sus pasiones, por la inclinacion que tiene el hombre á solicitar ansiosamente la amplitud de su libertad; pero de ninguna manera hubieran abrazado por puro capricho el cristianismo, porque este de-

clara una guerra rigorosa é incesante á todo lo que pueda halagar las pasiones: manda la mortificacion de los sentidos del cuerpo, y de las potencias del alma: ordena imperiosamente al hombre que se renuncie á sí mismo: que ame las humillaciones: y que viva crucificado con todos sus actos y sus deseos. ¿Es creible que esta religion tan rígida y tan austera en sus preceptos, cuyos misterios son tan incomprendibles por su alteza y su obscuridad, la admitieran los hombres por mero antojo, en lugar del paganismo que daba la licencia mas desenfrenada para todos los vicios y para el desahogo de todas las pasiones, y que permitía á sus sectarios el orgullo y la vanidad por su sabiduría terrenal? Esto es enteramente increíble.

Fel. Los sábios y los filósofos gentiles dieron reglas muy útiles y muy proporcionadas para la buena conducta y direccion de la vida de los hombres, y las historias hacen relacion de muchos paganos tan virtuosos, que han sido el objeto de la admiracion y de los elogios aun de los mismos cristianos; luego no reinaba tan generalmente la corrupcion de las costumbres en el gentilismo.

Vic. Esos sábios y esos filósofos, aunque respetables por la estension de sus conocimientos y de sus luces en muchas materias, no llegaron á conocer el origen de la corrupcion del corazon humano; y de ahí es, que no supieron aplicar los medicamentos eficaces para curar las enfermedades del espíritu. Se dividieron entre sí en establecer la bienaventuranza del hombre. Unos la hacian consistir en los placeres, otros en las riquezas, otros en los honores, y otros en otras cosas que servian para engañar mas á los hombres y estraviarlos mas del camino de la verdadera felicidad. Es cierto que ellos hablaron de máximas saludables de moral; parte que trajeron su origen de la verdadera religion, que fué la primitiva del mundo, y fueron trasmitiéndose de padres á hijos por el órgano de la tradicion; parte que es de presumir fundadamente aprendieron de los libros y de la comunicacion de los judios, á quienes el mismo Dios las enseñó; y parte que les dictaba la razon natural; cuyas luces no se habian estinguido enteramente en ellos. Pero nunca formaron un cuerpo completo de reglas de moral; y antes bien, los mas sábios die-

ron en el precipicio de los errores mas groseros. Sócrates, reputado por el maestro de las virtudes, asentó: que las mugeres propias fuesen comunes á todos; regla que siguieron Caton, honra de Roma, y Platon oráculo de la Grecia. Licurgo aprobó á los espartanos cualquiera hurto, aun el mas dañoso, con tal que se ejecutase con artificio y con secreto. Solón permitió á los atenienses libres, y no á los esclavos, la lascivia mas nefanda. El gran filósofo Aristóteles enseñó: que las madres en caso de pobreza deben procurar el aborto, y abandonar á los hijos que nacieron defectuosos. Séneca, que escribió máximas admirables de moral, celebró con mucha facundia el furor con que el hombre despechado se da la muerte á sí mismo por no sufrir las adversidades de la vida. Finalmente, Salustio, Tácito, Julio, Plinio, y otros que han sido tenidos por prodigios de sabiduria, alabaron la persecucion de los enemigos, la venganza de las injurias, y la ambicion de la gloria mundana.

De esta primera respuesta á tu argumento, se deduce claramente la segunda.

Porque si los mas sábios de los gentiles no dictaron un conjunto de reglas capaces de formar un corazon perfectamente virtuoso; y antes bien establecieron muchas máximas falsas, erróneas, perniciosas y detestables, es un absurdo creer que en el paganismo hayan existido hombres enteramente virtuosos. Es verdad, y yo lo confieso de buena fe, que entre los gentiles se practicaron muchas virtudes morales, y aquellos que se distinguieron de un modo particular en el ejercicio de algunas, se hicieron acreedores á los elogios que se les han tributado: porque esto era cuanto se podia esperar de unos hombres nacidos y criados en una religion llena de supersticiones, que habria la puerta á los vicios mas abominables, y aun pretendía santificarlos consagrando honores de divinidad á un Marte vengativo, á un Baco ébrio, á un Júpiter adúltero, á una Venus lasciva, y á otras personas criminales que existieron realmente ó fueron fingidas.

Pero ¿qué errores, qué falsedades, qué aprobaciones del vicio se encontraron en la doctrina del evangelio? Toda ella por todas partes respira santidad: contiene leyes